

MIL NOVECIENTOS CON PRELUDIO DECIMONÓNICO.

PRÓLOGO ¿O PRELUDIO?

Especial fascinación produce al historiador y al cronista el contacto con los documentos de los archivos. Al acercar la vista –y tantas veces el olfato y el tacto— a legajos y pergaminos éstos, de inertes y silenciosos se tornan elocuentes y activos. De pronto quien lee esos papeles comienza a imaginar y a construir escenarios, a encontrar huellas que se convierten en signos y a verificar el intercambio a veces fecundo y otras veces estéril entre la naturaleza y los seres humanos y de éstos entre sí. Y cuando el cronista y el historiador deciden verter esa experiencia en un escrito, éste se transforma en un viñedo de abundantes vides, en un rico tejido para disfrute y reflexión.

Las páginas que siguen son resultado del entretrejido de muchos documentos que ayudan a establecer el panorama de la naturaleza y de la vida de los habitantes de lo que en la actualidad es el Sur del estado de Nayarit, otrora porción de la Nueva Galicia, del estado de Jalisco, del Distrito Militar de Tepic y del Territorio del mismo nombre. Entretrejido que presenta lo que los ojos del Maestro Rubén Arroyo, cronista del municipio de Ahuacatlán han visto y lo que sus manos han elaborado como aportación a las generaciones actuales y a las que han de venir, pues el oficio del cronista es de rescate pero sobre todo de difusión y aliento.

Ahuacatlán, Amatlán de Cañas, Ixtlán y Jala (así, en estricto orden alfabético) en el siglo XIX y en el tardío porfiriato ya en el siglo XX, son los protagonistas que dejan ver los pasos de los acontecimientos de la historia mexicana en medio de su vida. La turbación de su tranquilidad a causa del bandolerismo, las reiteradas causas indígenas quizá justas pero expresadas en violencia flagrante y provocadora de miedo, la aplicación autoritaria de la reforma liberal y sus consecuencias de empobrecimiento para los campesinos y quienes se cobijaban al amparo de las cofradías, medio eficaz de equilibrio económico entre ricos y pobres y elemento activo para la paz social, las variaciones en la centralidad regional que se trasladó de Jala a Ahuacatlán y de éste definitivamente a Ixtlán, se presentan con rasgos definidos.

Desfilan por estos renglones personajes muy variados. El primero y principal, sin duda, no es un personaje humano, es el volcán que de inerte se volvió fogoso: el Ceboruco, “monstruo horrible del mundo” para el Padre Bernardo de Balbuena, quien vio sus altos fuegos desde San Pedro Lagunillas a comienzos del siglo XVII; el volcán

que mientras para las labores agrícolas de unos (los de Jala) trajo consigo aumento en la fecundidad de las tierras, para otros (los de Ahuacatlán e Ixtlán) fue –según lo expresaron-- portador de esterilidad y vacío. Otros personajes –estos sí humanos-- tienen nombres propios: los párrocos de los lugares, algunos “hijos ilustres”, los terratenientes, los comerciantes y arrieros, los miembros de las “clases” de la sociedad: la aristocracia pueblerina, la clase media si es que media puede llamarse y la “pobrería”, silenciosa casi siempre, pero “carne de cañón” para facciones en pugna. Los “episodios nacionales” tuvieron repercusiones y efectos en la región y en su modo de vida y cambiaron en algo las relaciones sociales. Y digo “en algo” porque la movilidad social no parece haberse dado excepto para los funcionarios y militares de alta graduación.

De entre estas páginas surge un panorama de la riqueza antigua que de alguna manera era compartida: la de la agricultura y la de la ganadería, que con el paso del tiempo han cambiado tanto que no pueden reconocerse.

El autor de este libro tuvo a su alcance buena bibliografía sobre la historia regional y algunas monografías casi imposibles de conseguir de historia y crónica local. Tuvo sobre todo el acceso al archivo de la diócesis de Tepic y a los archivos parroquiales, que a pesar de los saltos y huecos en su continuidad, son de incalculable riqueza en los “Libros de gobierno” para mostrar el paso diario de la vida y los acontecimientos que la han afectado y transformado. De lo ahí encontrado pueden percibirse las diferencias entre las localidades: el aislamiento casi romántico de Amatlán de Cañas, las disputas persistentes entre Ahuacatlán e Ixtlán, el “problema” de los indígenas y la todavía no bien dilucidada singularidad de Jala, la primera población y cabeza en el siglo XIX y ahora la última en el XXI.

Don Rubén ha puesto sobre la mesa en esta investigación ahora hecha pública, un caudal de datos que merecen ser reflexionados. Me parece que hay materia prima, por ejemplo, para una revisión de la bipolaridad liberales-conservadores, para un acercamiento más matizado a los efectos (no a la letra) de las Leyes de Reforma en la vida de los pueblos y para la profundización en el asunto de la cercanía de las instituciones de la Iglesia católica con las necesidades de los pobres. La mención acrítica de los “abundantes bienes de la Iglesia” e incluso “del clero”, no deja asomarse al hecho de que se trataba de bienes *comunitarios*, muchos de ellos de los indígenas que, al sufrir a causa de la desamortización y posterior nacionalización que fueron en realidad una *privatización*, quedaron en la extrema pobreza. El caso del adelanto del traslado de dominio de los bienes de las cofradías a “los Salazares” en Jala merece

también un estudio más cuidadoso por su carácter singular. ¿Podrá situarse entre los casos visionarios de Don Clemente de Jesús Munguía en Michoacán que quiso trasladar bienes eclesiásticos para la construcción de un ferrocarril o de Don José Bernardo Couto que coleccionó obras de arte sacro procedentes de iglesias de religiosos previendo su decomiso y tal vez desaparición o destrucción? Hay que seguir estudiando.

Vaya al Maestro Arroyo Arámbul un agradecimiento y un estímulo. Sus cuatro obras como cronista de Ahuacatlán son indispensables para cualquiera que busque enterarse sobre el pasado regional. Su huella está impresa definitivamente en el campo bibliográfico de Nayarit y de la región. Su trabajo --estoy seguro-- no se detendrá con este libro que abre horizontes. Le decimos: ¡Adelante!

Jala, Nayarit, 30 de mayo de 2013.

Festividad del Corpus Christi.



olimon.org

Pbro. Dr. Manuel Olimón Nolasco.

de la Academia Mexicana de la Historia.

Párroco de Nuestra Señora de la Asunción de Jala.

manuel olimón nolasco

historiador

